nes primero en la misa del pueblo y después en el desfile con cánticos. De pronto me acordé de ti. Iban también algunos de tu edad mandando a otros más jóvenes de las organizaciones. Qué bien hacía el brío y la gracia fuerte, las voces juveniles, la marcha serpenteante por el camino alto, en medio de un sol espléndido, de un aire fresco de sierra clarisima y sobre un paisaje castellano que se dilataba veladoramente. Me acordé también de Cayetano. Me hubiera gustado veros por aquí. ¿Qué aliento de plenitud me oreó la frente, de poesía exaltadora, de magnificas fuerzas vitales en este jubiloso día de verano suave!

Pero no estábais ninguno de los dos. Tú ahí en Madrid seguramente, en el tren o en sitio semejante, o con tu tío, o qué sé yo dónde; él, Cayetano, en Salamanca, a orillas del Tormes, donde me lo figuro entre álamos blancos, escuchando el crujir de la espuma del río, rodeado de invisibles náyades renacentistas, en su soledad de poeta silencioso.

Tu, con quien andas, Emilito? Con dos chicas del bracero te vi la última vez ¿te acuerdas?, en la Carrera de San Jerónimo, cuando desde la acera opuesta me saludaste con tu brazo yendo yo con Damaso. Para mí había sido un día muy lleno, con comida fuera de casa con Dámaso y una Eva rubia y madura (Eva por el nombre, no por lo tentadora). Quise, en aquel Café soñoliento, que te quedaras con nosotros; la tarde aun era joven y se podían emprender muchas cosas. Pero tú, enfundado, flamante, peinadisimo, ultracorrecto, tenías una cita con Don Pedro y después de una charla ligera y un saludo urbano para Dámaso, te desligaste casi ingrávido en busca de Don Pedro. Al cabo de una hora, el Don Pedro debió de quedar (metafóricamente) como muñeco de guiñol arrugado y tirado en un rincón de su despacho, y tú como Arlequín de guiñol saliste con dos Colombinas del brazo por una Carrera de

San Jerónimo de tabladillo, donde yo te vi pasar y casi te aplaudí como si fuera un mutis.

¿Por dónde andas, qué haces, con quién te ves, qué colombinas paseas? Dime también sobre tus trabajos. Me interesa todo lo tuyo. Ayer escribí a Rafael, al que supongo gordo, devorando inimaginables meriendas. También he escrito a Cayetano; qué estupendo si destinaran a su hermano a Madrid y le tuviéramos a él aquí. Le decía yo que el curso próximo estaríamos a lo mejor reunidos tú, Rafael, él y yo, y que sería magnífico.

Ayer tuve carta de Cossío, desde Tudanca. Allá es feliz en medio de sus aldeanos —eso se dice— en su espléndida e intacta biblioteca. La bestia roja le destruyó en cambio la hermosa y antigua capilla de su vieja Casona. Supongo que habrá escrito o hablado de ti a su hermano Paco. ¡Has ido a verle?

Como te he dicho, me paseo por este campo, en paseos cortos, claro, pero lo bastante para sumergir el espíritu en este paisaje que tira del alma hacia lo infinito, y para ceñirme a la tierra, de donde hacía años estaba despegado y lejos. Tú que me conoces bien, sabes lo que

yo necesito este amor a la tierra, que es como sangre mía para mí, vida y totalidad del ser en plenitud casi cantable.

¿Qué más, Emilio? Leo, me acuerdo de los amigos, recupero las perdidas fuerzas. Fernando, mi sobrino, me escribe desde Valencia y me manda recuerdos. Leo el Manolo de F. de Cossio, la Antologia poética del Alzamiento: la Corona de sonetos a losé Antonio... Pero en otra carta hablaremos de libros. Ahora te toca a ti escribirme. Vuélcate como siempre y como quieras. --; Se arreglaron ya los asuntos de tu abuelo?— Dime lo que tu quieras -amor, vida, poesia, trabajo, ilusiones... Pon lo que quieras. Como yo digo siempre: la imaginación manda. Tú sabes la alegría que siempre, en todo tiempo, me da recibir tu voz, alegre o seria, como salga del corazón.

¿Has vuelto por tu pueblo? Para mis señas, basta mi nom-

bre y el del pueblo y provincia: Miraflores de la Sierra (Madrid). Por aquí estaremos, probablemente, hasta fines de septiembre.

¡Adiós, adiós! Hasta la tuya, te envío un estrecho abrazo.

Vicente.

BUZÓN DE FANTASMAS SOBRE EL CONTENIDO

SALVADOR NOVO



In el número de junio de 1937, la revista pro-franquista Lecturas, que dirigia en México Jesús Guiza y Acevedo, recoge un fragmento de "Del pasado remoto", el largo poema con el que Salvador Novo había iniciado la serie de sus Poemas proletarios (1934). Como el libro había aparecido tres años antes, hay que pensar que Novo eligió ese fragmento formal-

mente autónomo y lo rebautizó como "El Indio", o bien que así lo escribió inicialmente y después decidió incorporarlo a "Del pasado remoto". En todo caso, lo que es interesante es que para la revista mencionada, Novo redactó estos párrafos ácidos y obscenos que ameritan llegar a nuestro buzón, sin timbre, pero con urgencia.

GUILLERMO SHERIDAN

Desde que se ha dado en exigir que la literatura ofrezca un "contenido". cuantos trabajadores manuales e intelectuales -ya es difícil distinguir a primera vista a unos de otros- se sienten capaces de confeccionar un atole legible, se apresuran a depositarlo para fruición y provecho de las masas en el siempre dispuesto jarro de una edición más o menos amplia, y menos que más consumida por un número, inversamente decreciente, de proletarios ávidos de saber. Se cumple así un importante postulado del momento histórico que vivimos, postulado que en los fáciles términos en que se predica, sin el ejemplo, que debe uno dirigirse a las masas, podría formularse con un categórico "pos luego pa qué peleamos". Y el doméstico parnaso de un país como el nuestro, abierto a todas las inquietudes, palpitante de futuro, preñado de esperanzas y muy bien abonado, asume una súbita y floreciente primavera política.

Pero el fenómeno es universal. Si en otros países se publican menos -v menos buenos-libros de versos, es simplemente porque en otros países no han logrado desposar con éxito un sentido poético que es privativo nuestro con un sentimiento de la responsabilidad social que a todos incumbe, que se usa —se utiliza— en todas partes, y que nuestras sesudas lecturas marxistas han arraigado en nuestros poéticos corazones, produciendo a la larga en el huerto el raro milagro de las calabazas injertas de violeta.

En otros países aparecen con mucha frecuencia libros en prosa, destinados a la masa de las gentes que se empeñan en comprar libros y en leerlos. Acá preferimos realizar esa docta y abnegada tarea desde las prietas columnas de los diarios, sin perjuicio de reunir más tarde, en buen volumen, las encendidas elucubraciones que de otro modo habrían acabado sus días en el momento en que con sus trozos selec-

tos se envolvieron cinco de frijol bayo gordo, o en otro momento posterior.

Nota bene: No quiero cerrar esta entrega sin hacer un par de comentarios. El primero, que la carta y el poema de Jaime Torres Bodet que aparecieron en esta columna el pasado mes de agosto me fueron mandados de Bruselas por mi amigo el poeta y editor Pierre-Yves Soucy, director del Centre du Recherche d'Etudes Poetiques de Bélgica, a quien un lamenta-

ble error me impidió, en su momento, manifestar mi agradecimiento.

Otrosí: en carta reciente, el profesor Michel Camus, director de Les Éditions Lettres Vives, de París, me envía copia de un largo ensayo titulado "Une autre langue du corps" en el que otorga una mención especial a la carta de Antonin Artaud que esta sección publicó en reciente número de Vuelta y que le ha servido para alegar la certidumbre del viaje de Artaud a la Tarahumara así como para apoyar la hipótesis de que ahí probó el peyote.

LA ANALOGÍA IMPERCEPTIBLE

JAIME MORENO VILLARREAL

6

os textos se comunican entre sí. ¿De qué manera? Para conversar, la escritura no necesita de descubridores. Los textos hablan a distancia, se transcriben y traducen sin conocerse. La frase leida ya ha sido leida en otra frase, escrita no se sabe dónde, y el lector no es quien da sentido, pues leer es siempre un accidente. A veces un libro que espera o descansa sobre una mesa de buró y se ilumina de noche, se trenza con un manuscrito perdido en una caja, preñado de hongos en el desván de un templo, en un diálogo que no cesa, aunque el océano esté tendido de por medio, y que acaso sea la causa de ciertos zumbidos y cambios de presión que, al cruzar por ahí, resienten los oídos.

Las lenguas, para los libros, no son asunto humano. Los rasgos de una época, del lugar, de la cultura expresados en sus páginas no son de su competencia; en el intercambio de los libros, los idiomas más ricos y bellos, las familias Garamonda y Bodonia, las capitulares

doradas y miniadas poseen la misma elaboración que los gruñidos y garabatos que se ignoran a sí mismos. No hay comparaciónes ni jerarquías. No hay verdaderas ideas, sólo un tránsito terso y parejo de intuiciones, o algo menos, la vibración sucesiva de la sustancia. Por ello, es incluso abusivo hablar de comunicación: ¿sería mejor decir emulación, simpatía, concurrencia entre los textos?, ¿derivaciones del origen?

En las grandes bibliotecas, los libros abandonados encuentran a sus corresponsales corriendo mundo por los estantes, gestando grandes encuentros de los que la masa de usuarios no tiene conciencia. Tal obra se formula en tal otra, que trata de otro asunto; en su desleimiento proclaman la unidad de la gran invención, y nadie se entera. La labor de los lectores, los dedicados, los ávidos, los minuciosos seguidores, es de una mezquindad lastimosa. Andan tras las trazas de una amistad que siempre los aventaja. Verdaderamente no hay nada que